

cuanto el anhelo idealizó, de la propia suerte que la semilla contiene todos los elementos del futuro árbol.

Para prosperar hemos de colocarnos en actitud mental de confianza y éxito respecto del objeto que nos proponemos lograr. Así nos libraremos de la pobreza mental antes de vencer la pobreza física.

La opulencia, en su recta acepción, consiste en poseer cuanto sea bueno para nosotros, en la abundancia de lo que embellece y realza la vida, de lo que enriquece nuestra individualidad y nos sirve de experiencia.

La verdadera riqueza es la íntima y plena conciencia de nuestra unión con Dios, la integridad de carácter, que el infortunio no alcance a quebrantar.

CAPÍTULO III

CONTRA LA CORRIENTE

Quien encamina sus pasos por el sendero del fracaso ¿cómo ha de llegar a los términos del éxito?

Nadie imagine realizar su anhelo si boga contra la corriente de la esperanza.

La mayoría de las gentes no miran la vida como se debe e invalidan con ello gran parte de sus esfuerzos porque se desaniman y repelen precisamente lo que van buscando, por sostener una actitud mental contraria a su propósito. No trabajan con aquella seguridad en el triunfo, con aquella determinación y confianza que esclavizan el éxito y son incompatibles con el fracaso.

Anhelar riquezas y temer de continuo la pobreza con la incesante duda de nuestra aptitud para el logro, es lo mismo que ir a oriente por el sur.

Quien ansíe el éxito ha de pensar en él progresiva, creativa, constructiva, inventiva y sobre todo optimistamente. Cada cual va en la dirección a que da frente.

Pobre será quien mire hacia la pobreza; pero si se

resuelve a dar vuelta entera de modo que apartando mente y vista de la pobreza las enfoque en la esperanza de prosperidad, empezará a caminar entonces por las vías que le conduzcan a la abundancia.

Muchas gentes frustran su propósito porque mientras por una parte anhelan prosperar, por otra piensan en su corazón que jamás podrán realizar su anhelo. Lo que nos retiene en condiciones de pobreza es la duda y el temor de no sobreponernos a ella, la falta de fe en la sabia providencia de Dios.

Mientras nos esforcemos en mejorar de posición, nunca hemos de demostrar ante las gentes nuestras imperfecciones y flaquezas de orden económico, sino disimularlas con tino bastante para que, sin caer en la ostentación vanidosa, todo el mundo nos suponga en más de lo que tenemos y nadie vea en nosotros aquel aspecto de pobreza que parece como si ahuyentara al dinero.

Dice un adagio, que cada vez que la oveja bala pierde un bocado de heno. Así, cada vez que uno se queja de su suerte y piensa que ha de serle imposible prosperar como otros prosperaron, agrava las dificultades que encuentra para deshacerse de los enemigos de su felicidad.

Los pensamientos son imanes que atraen todo lo de su misma índole y no hay manera de atraer lo contrario de aquello en que pensamos.

Si de continuo tememos el fracaso de nuestra empresa, seguramente fracasaremos en ella, por muy vigorosos que sean nuestros esfuerzos para salir adelante, porque los inutilizarán nuestros continuos malos pensamientos de temor y recelo.

Precisamente el temor de fracasar y perderlo todo impide a muchos encaminarse al logro de sus nobles aspiraciones, por falta del creador y eficaz esfuerzo que toda empresa requiere para asegurar el éxito.

El ánimo esperanzado y la mente optimista han de prevalecer contra sus opuestos en el porvenir del mundo, si consideramos cuán alentador es el hábito de mirar todas las cosas bajo su aspecto luminoso, henchido de fe y esperanza, que nos mueve a confiar en el éxito con la seguridad de que, en último término, ha de triunfar la justicia, que la verdad vencerá al error, que la salud y la armonía son condiciones normales y permanentes y la enfermedad y la discordancia, anormales y transitorias.

El optimismo es un elemento vigorosamente constructivo, cuya influencia en el individuo equivale a la del sol en la vegetación. Es el optimismo el fulgor de la mente que vivifica, hermosea y acrecienta todo cuanto cae bajo su campo de acción. Nuestras facultades mentales medran lozanas y fértiles al influjo del optimismo, como las plantas al beso del sol.

El pesimismo es un elemento negativo y disolvente que debilita la vitalidad y sofoca el crecimiento de nuestros anhelos. Mala suerte les aguarda a quienes siempre miran las cosas por el reverso, bajo su aspecto tenebroso; que siempre están pronosticando desgracias y fracasos y tan sólo ven el lado siniestro de la vida. Éstos enfocan en su interior cuanto ven con malos ojos.

Nada es capaz de atraer lo desemejante a sí mismo. Cada cosa irradia sus propias cualidades y atrae a sus afines. Si queréis atraer la paz, desechad todo pensamiento de turbación; si queréis atraer la riqueza, empe-

zad por repeler todo pensamiento de pobreza. Olvidad cuanto hasta ahora os infundió temor y expulsadlo de vuestra mente, porque es el mayor enemigo de vuestro adelanto. En cambio, acoged y alimentad pensamientos de índole opuesta a los que entorpecieron vuestros pasos y os sorprenderéis al ver cuán pronto vienen a vosotros las cosas por las que durante tanto tiempo suspirasteis.

La actitud espiritual en que os coloquéis respecto de vuestra labor es la base de su cumplimiento. Si miráis el trabajo como forzosa fatiga de azotado esclavo; si veis en él una tarea ingrata y penosa y trabajáis sin esperanza de mejora que en el porvenir os permita más desahogada vida, creyendo que estáis condenados a perpetua pobreza, no esperéis nada más allá de lo que pensáis.

Por el contrario, si aunque os halléis en precarias condiciones confiáis en mejores tiempos y creéis que llegará el día de redimiros del trabajo servil y de emplearos en más cómodas, agradables y fructíferas tareas, con tal de que vuestras ambiciones sean legítimas y derecho el camino elegido para alcanzar vuestro fin, realizaréis en la vida algo que valga la pena.

Si perseveramos en la fe de que algún día veremos realizados los anhelos cuyo logro nos parece ahora imposible y mantenemos con firmeza la mente en disposición favorable a que se nos han de abrir los caminos del éxito, estableceremos un estado psicológico mental que atraerá magnéticamente el anhelado objeto.

Nadie fracasará en la vida si posee la necesaria aptitud para la empresa que acomete y no aparta jamás la vista del fin a que aspira y se dirige varonilmente a su logro.

La aspiración se convierte en inspiración y ésta en realización.

Por lo tanto, hemos de mantener la mente en actitud realizadora y constructiva, sin que ni por un instante cedamos a la duda o recelo de no cumplir la emprendida obra. Continuamente hemos de confiar en que vendrá a nosotros cuanto necesitamos, si tenemos derecho a recibirlo.

Es más poderoso de lo que parece el magnético efecto resultante de pensar siempre en que Dios nos creó para ser útiles en el mundo y gozar de la salud y dicha dimanantes del cumplimiento de la ley divina, por lo que nada es capaz de impedirnos el logro de los bienes que por herencia nos corresponden.

Hubo quien, después de media vida empleada en la lucha y el sacrificio por labrarse una posición, perdió toda su fortuna a consecuencia de un desastre económico, quedando tan sólo con su fuerza de voluntad y numerosa prole a quienes atender, y sin embargo, ni por un momento dudó de que volvería a levantar cabeza.

El hombre no ha de ser juguete de las circunstancias ni esclavo del ambiente, sino, por el contrario, dominar aquéllas y establecer éste en favorables condiciones.

Las facultades mentales son como criados que nos dan exactamente lo que les pedimos. Si los tratamos con afabilidad, nos sirven presurosos; si con dureza, se muestran reacios.

Los caracteres negativos suelen ser fatalistas y temen siempre que les sucedan cosas que en su mano está evitar.

Las mentes positivas y optimistas han realizado cuanto

sirvió para el progreso del mundo, como si la voluntad vigorosa y enérgica estableciera las condiciones provocadoras de los acontecimientos, pues, convencida de que nada se mueve de por sí, pone en actuación las fuerzas determinantes de los hechos.

Muchos caracteres positivos se invierten en negativos porque les roba la confianza en sí mismos la perniciosa influencia de los censores, que los suponen desconocedores del negocio o con falta de aptitud para sostenerlo. Nocivamente sugestionados por la opinión ajena flaquean en su labor, recelosos de no cumplirla cual corresponde y en vez de aspirar al puesto de jefes y directores se relegan al pasivo papel de subalternos y dirigidos.

Así es que cuando nos resolvamos a la obra, hemos de creer firmísimamente en su acabamiento y esperar el éxito con toda confianza, a fin de que las fuerzas mentales se pongan debidamente en acción y se apliquen al punto en donde enfoquemos nuestra esperanza, pues la imagen mental es como el dechado de la obra que hemos de realizar y el modelo a que han de obedecer las fuerzas creadoras.

Hay en nuestro interior un gran poder que no acertamos a explicar, pero que todos somos capaces de sentir cuando llevamos adelante nuestras resoluciones. Así, por ejemplo, quien piense que nada vale y nada puede, que es de condición inferior a la de los demás, acabará por arraigar en su mente este pensamiento y determinará la índole de su conducta. Pero quien, por el contrario, afirme vigorosamente su derecho a obtener los bienes derivados de una elevada norma de conducta y nada quiera con la liviandad, la flaqueza y la discordia,

logrará colocar su mente en la positiva y creadora actitud que colme sus legítimas aspiraciones.

El pensamiento recto y placentero es germen de salud y prosperidad y factor del éxito. El pensamiento siniestro y angustioso engendra enfermedad, pobreza e infortunio y es factor del fracaso. Cuando tenemos la mente en posición negativa decimos que *sí* a lo que diríamos *no* de tenerla en posición positiva, y entonces por flaqueza de juicio cometemos una torpeza tras otra sin capacidad para acometer empresas de monta.

Para mejorar de posición y vencer el infortunio provocado por nuestros desaciertos, es necesario ponernos de antemano en actitud mental de confianza, desechando temores, celos y ansiedades, porque cobardes seremos mientras tengamos mente negativa.

Si sostenemos pensamientos creadores y positivos, ningún influjo tendrán en nosotros los de contraria índole. La mente normal actúa en obediencia a la ley y disciplina sus diversas facultades como un caudillo a sus soldados. Nuestra eficacia para el bien tiene por medida el vigor y persistencia de nuestros buenos pensamientos. Algunas gentes son de tan débil y vacilante fuerza mental, que no pueden sostener el pensamiento en una dirección determinada con bastante vigor para llevar a cabo cosas de provecho.

El observador sagaz advierte si una persona con quien trata por vez primera es de robusto o flaco entendimiento, porque cuanto diga revelará la índole positiva o negativa de su mente, aunque se esfuerce en engañarnos.

Hay algunos hombres de tan positiva y constructora

mentalidad, que les infunde aspecto dominante, a cuyo imperio obedecen instintivamente las gentes vulgares. El mundo abre calle a los caracteres enérgicos que avasallan a las multitudes y con su sola presencia llevan el convencimiento al ánimo del pueblo, que les obedece por instinto.

Hay personas cuya superioridad reconocemos desde luego al verlas por vez primera, porque denotan cualidades varoniles, dotes de mando y aptitudes evocadoras del éxito. Otras gentes, por el contrario, nos causan la mala y desagradable impresión de los fracasados, que no iluminan su sendero. Para influir en las gentes deben predominar las cualidades positivas.

El arte de las artes consiste en hacer de nuestra vida una perpetua victoria, lo que no sería difícil si se nos educara debidamente, pues la equivocada educación de hoy deja la mente, por lo general, en condición negativa y estéril, de modo que en vez de señora es vasalla del ambiente.

Los titulares académicos que entran en la vida social sin saber lo que es una actitud mental positiva o negativa, se exponen a fracasar rápidamente. Sus dudas, temores y desconfianzas, sus tímidos y negativos pensamientos, sus desmayadas emociones, despolarizarán su mente sin que ellos mismos se den cuenta de la inversión.

Muchísimo más valioso será para el joven saber mantenerse en el grado máximo de potencia mental, evitando todo lo que pueda debilitarla o invertirla, que aprender cuantas lenguas muertas y sistemas filosóficos enseñan las escuelas. A menudo vemos titulares acadé-

micos que fracasan en la vida por tener la mente negativa e incapaz de originar pensamientos. Unos cuantos meses de disciplina mental con ejercicios a propósito para vigorizar las facultades débiles y completar las deficientes, resultarían para el educando incomparablemente más provechosos que todo un curso académico sin gimnasia mental.

La mente positiva construye; la negativa, destruye. Pero la mente negativa puede revertirse en positiva con sólo mudar la actitud de la voluntad respecto de los objetos a que se convierta. Si la inversión resulta difícil y penosa al principio, es preferible situarse mentalmente en el punto intermedio de la pasividad e indiferencia, a continuar como antes en actitud negativa.

El telar de la mente teje el dibujo que le trazamos, es decir, reproduce en forma mental los sentimientos de discordia o armonía, error o verdad, valor o cobardía.

Poderosa ayuda recibirá quien a cada punto se afirme en la idea de que es quien desea y debe ser, no con la esperanza de serlo, sino con la convicción de que *ya* lo es. Quien así proceda se sorprenderá de ver cuán prontamente queda trazada en el carácter la modalidad que anheló realizar en la vida.

Magnífico medio de formar el carácter es la persistencia en mantener en la mente el dechado cuya muestra deseemos tejer en el lienzo de la vida, el dechado del hombre sano, entero, virtuoso, perfecto, del hombre ideal, sin mancha ni defecto. Para ello es necesario que de continuo prevalezca en nuestra mente la imagen de la virtud contra la del vicio; porque así como la planta es presa de los nocivos elementos que la secan y matan

en cuanto deja de recibir la vigorizadora influencia de los jugos del suelo, el calor del sol, el refrigerio de la lluvia y el oreo del aire, así también se apoderan del hombre los elementos destructivos en cuanto pierde la confianza propia y se abandona a la desesperación y el pesimismo.

La recta actitud mental es un poderoso escudo de protección contra las malas influencias y perniciosas sugerencias. Por ejemplo, si con buenos pensamientos nos abroquelamos contra el mal que nos rodea en un vicioso ambiente, resistiremos victoriosamente sus acometidas y tentaciones; pero si, por el contrario, colocamos la mente en actitud favorable a la recepción de malos pensamientos, nos asaltarán con avasalladora influencia. Todo consiste en saturar la mente del ideal hasta que llegue a concretarse en hábito de la conducta, y en dirigir hacia el objeto anhelado la vívida corriente de nuestras fuerzas interiores, pues de este modo estableceremos un flujo que arrastrará cuanto legítimamente deseemos. En cambio, hemos de cegar las corrientes de discordia, odio, celos, envidia y malignidad, que carcomen nuestras energías y embarazan nuestros pasos. Todo cuanto engendra discordia, inutiliza nuestros esfuerzos. Hemos de mantener la armonía y la paz de la mente para que nuestros pensamientos sean eficaces en el logro del éxito y evitación del fracaso.

Mucho conviene aprender a limpiar la mente de la suciedad del temor, ansiedad y demás morbos que entorpecen la ágil y vigorosa emisión de altos y elevados pensamientos.

La reputación y estima en que nos tengan las gentes

es un poderoso elemento favorable o contrario al éxito, según su índole. Si los demás no tienen confianza en nosotros y nos creen débiles y tímidos porque nuestra actitud mental es tímida y débil, en vano pretenderemos cargos de importancia y responsabilidad. El toque está en que los demás nos vean animosos, diligentes, aptos y seguros en nuestra labor, para inspirarles confianza con el aspecto de noble suficiencia que siempre acompaña al acostumbrado a vencer; porque de este modo advertirán los demás que tenemos confianza en nosotros mismos y nos considerarán capaces de triunfar en adelante como triunfamos hasta entonces.

Mucha diferencia hay entre el hombre que fiado en sí mismo cruza el mundo con la aureola del vencedor y el que se presenta encogido, temeroso y como si le hubiesen derrotado en la porfiada carrera de la vida.

Comparemos la influencia de un hombre como Teodoro Roosevelt, que rezuma vigor y energía por todos sus poros, con el mísero aspecto del individuo apocado y abúlico, cuya sola presencia mueve a recelo y desconfianza. Las gentes gustan del hombre que lleve escrita en el rostro la seguridad del triunfo y cuya costumbre de vencer sea fianza de ulteriores éxitos.

La manifestación de la fuerza da fama de poderío. Y quien no alcance a sugerir con su actitud esta convicción, tampoco logrará que se le considere como una fuerza positiva en el mundo.

Algunos se extrañan de que tan poco representen, figuren y valgan en la vida social; pero la causa está en que no piensan ni obran como vencedores, sino que desde luego se echa de ver en ellos debilidad y flaqueza.

Nadie podrá ser magnético hasta que aprenda el secreto de irradiar fuerza. Magnéticos son los caracteres positivos; repulsivos son los negativos. Vencedor será quien acierte a vencer antes mentalmente.

Muchos hay que parece como si no esperaran prosperidad ninguna y contrajeran todas sus aspiraciones a un modesto y cómodo medio de vivir, porque temen empeñarse en duras labores con la idea de que la vida es un continuo tormento, cuando debiera ser perpetuo y deleitoso triunfo. La vida rectamente empleada es un incesante mejoramiento moral e intelectual que nos satisface mucho más gozosamente que cualquier otro bien, pues nada puede substituir con ventaja a la convicción de lograr perpetua ganancia.

A los niños se les debiera insinuar la idea de que han nacido para progresar y vencer, que están organizados para el éxito y no para el fracaso, porque nadie nace predestinado fatalmente al infortunio.

Si se acostumbrara a los niños a mantenerse en disposición victoriosa, a respetarse y confiar resueltamente en sus posibilidades, no menudearían tanto los fracasos. Tiempo ha de llegar en que los niños aprendan a irradiar fuerza y conducirse con energía, cuando se reconozca plenamente que la formación del carácter es el fin y término de la verdadera educación.

Es preciso armonizar la vida mental para conseguir el ajuste de la vida física.

Si antes no mantenemos cordiales relaciones con el prójimo y nos portamos en justicia con nuestros hermanos, no esperemos lograr la cordialidad, la justicia y la dicha en el mundo interior de nuestra conciencia. Si

adoptamos la optimista actitud del vencedor, eliminaremos desde luego todo pensamiento de envidia, odio y venganza que se haya enconado en nosotros, y estableceremos la paz de mente y serenidad de ánimo que caracterizan a los hombres verdaderamente grandes. Toda la filosofía del éxito y de la dicha se resume en la perseverante y persistente persecución de lo que nos proponemos realizar. El joven que entra en la vida con ánimo vacilante suele decirse: "Yo quisiera salir airoso; pero creo que no estoy bien preparado para ejercer la carrera que emprendí. Hay en mi profesión tantos que apenas se ganan la vida y tantos otros sin empleo, que me parece haber equivocado el camino". Por el contrario, el joven de ánimo resuelto no ha de reparar en la mala suerte o escasa aptitud de sus compañeros de profesión, sino que debe aplicarse al trabajo con todas sus fuerzas, seguro de encontrar salida honrosa y lucrativo empleo.

Conviene tener en cuenta que los demás nos aprecian por lo que somos y no por lo que decimos. Hemos de irradiar obras y no palabras, porque si fácil es decir cuanto nos parezca, las gentes nos juzgarán por la incoercible impresión que nuestra aura les cause con la irrecusable realidad de su indisimulable índole. Por muy lisonjeras y melifluas que sean nuestras palabras no lograremos engañar a los demás con el artificioso disfraz de la opinión en que los tengamos y de los sentimientos que les reservemos, pues si en nuestro corazón alientan el rencor, la envidia o los celos, lo conocerá nuestro antagonista, aunque pretendamos engañarle con palabras.

halagüeñas. No podremos transmutar nuestra aura sin antes transmutar nuestra actitud mental.

No se concibe que un hombre anhele reunir fortuna y no obstante se coloque en disposición mental enteramente opuesta, como si dijese para sus adentros: "¡Aléjate, prosperidad! No vengas a mí. Me gustaría prosperar, pero veo que nací para la pobreza. He de resignarme a vivir mezquinamente y aunque mi deseo es poseer cuantos bienes gozan los afortunados, no espero obtenerlos".

¿Cómo es posible que la abundancia derrame su cuerpo en manos de quien así piensa? La mente que duda y teme, repele la prosperidad. Por supuesto, estas gentes no rechazan las ocasiones de prosperidad y abundancia, sino que las esquivan sin darse cuenta, por el mero hecho de mantenerse en negativa actitud mental, llena de dudas, recelos, temores y desconfianzas. Otros hay que unas veces orientan y otras desorientan su mente, por lo que, en parte son positivos y creadores y en parte negativos y destructores. Deshacen con los pies lo hecho con la cabeza y viven ni triunfantes ni vencidos, ni ricos ni pobres, como péndulo oscilante entre el nada y el poco. Cuando se animan y entusiasman y alientan de esperanza, hacen algo porque tienen la mente en estado creador y positivo; pero cuando desmayan y se descorazonan, les asaltan dudas y temores, de modo que sus mentes revierten al estado destructor y negativo para caer de nuevo en la necesidad.

Tiempo llegará en que todos seamos capaces de mantener nuestras mentes en actitud positiva y creadora. Entonces lograremos abundancia y plenitud de bienes.

CAPÍTULO IV

CONFÍA EN TI

La fe es optimista porque descubre el camino
La duda es pesimista porque no ve dónde afirmar el paso y teme afrontar lo incierto.

La fe robustece las aptitudes y establece la superioridad.

La costumbre de confiar en nosotros mismos estimula nuestras mejores cualidades.

La fe es el divino mensajero que guía al hombre extraviado por la duda y el error.

¿Qué suerte cabría al domador que por vez primera entrara en la jaula con el corazón achicado y el ánimo temeroso de que las fieras lo devoraran? Poco más que si se dijera: "Quiero domar estas fieras; pero no creo conseguirlo. ¡Menudo empeño es para un hombre sojuzgar a un tigre de las selvas africanas! Habrá quien lo logre; pero yo dudo lograrlo".

Si llegara a encarar a las fieras lleno de miedo y desconfianza, muy luego lo despedazarían. La arrogante presencia de ánimo le salva. Ha de dominarlas primero con la mirada, sin dar ni la más leve señal de temor o